

E. MIRET MAGDA LENA

EN Lourdes acaba de celebrarse la Asamblea Plenaria del Episcopado Francés. Es éste probablemente el acontecimiento más importante de estos últimos meses dentro del mundo católico. Por los temas planteados, el sacerdocio y la política, y por el equilibrado realismo —muy propio del temperamento francés— de que han dado muestras los obispos del vecino país.

Han estado presentes en esta Asamblea 136 obispos, 11 sacerdotes y 36 expertos, de los cuales solamente dos eran seglares. Este desequilibrio en que se encontraba el mundo seglar fue compensado por las ponencias presentadas por varios obispos, ya que alguna de ellas había recibido —como la de monseñor Matagrín sobre política— la ayuda de 60 historiadores, sociólogos, filósofos y hombres políticos de derecha y de izquierda, excluidos los extremistas.

A nosotros, españoles, nos interesa profundamente todo lo que allí se habló, sea para aceptarlo o para discutirlo, porque los dos problemas base, el del sacerdocio y el de la política, afectan hoy a todo cristiano, y muy especialmente a nosotros.

La crisis en Francia del sacerdocio es grande. Numéricamente han pasado de 15.702 jóvenes estudiantes en los seminarios en el año 1963, a 5.474 en 1971. La baja es del 65 por 100. Del mismo modo, las vocaciones tardías han bajado el 89 por 100. Los seminarios mayores, en particular, han descendido el 47 por 100 en el número de sus estudiantes. Y la curva de descenso en las ordenaciones sacerdotales baja también el 58 por 100. Por otro lado, el número de fallecimientos ha aumentado considerablemente, y los efectivos de clero en el país vecino bajan grandemente. A esto se añade el aumento de los que se secularizan, ya que en cuatro años se han ordenado 1.816 sacerdotes nuevos, y los que se han secularizado han sido 486.

En España encontraríamos cifras semejantes, a juzgar por los datos que se conocen.

Este abandono del sacerdocio, y el poco atractivo que tiene para la juventud, proviene de la crisis que la religión está sufriendo en un mundo secularizado, y en particular, por causa de la propia crisis de Iglesia que existe dentro del catolicismo.

En vez de estar discutiendo tanto en estos últimos años, después del Concilio, sobre aspectos secundarios de la cuestión, debíamos haber centrado nuestras energías en ir al fondo del problema, como han empezado a hacer los obispos franceses y esperamos que pronto lo harán los españoles.

Si no podemos "rehacer el sacerdocio basándonos en modelos anacrónicos" (monseñor Fretellière), también es cierto que "no se puede ser sacerdote si no se tiene una experiencia personal de Dios" (monseñor Marty). Y esto es muy importante, porque muchas veces lo único que se ha hecho es quedarse a mitad de camino: se han quitado los sacerdotes su antigua sotana —en el sentido material y espiritual de la palabra— y no saben todavía qué traje utilizar. A los

seglares nada nos dicen las neuróticas inquietudes de cambio del clero en muchas ocasiones, porque lo que necesitamos es otra cosa. Necesitamos que el sacerdote sea "el testigo de lo universal y el hombre de la reconciliación", y pueda ser "un pastor ante todo", que sepa animar nuestra fe y orientar respetuosamente nuestro progreso religioso.

Haciendo mucho ruido con nuevos métodos materiales de captación o ensayando todas las ocurrencias que se le pasan por la imaginación a cada cura, no estamos satisfechos los seglares, sea cual sea nuestra ma-

IGLESIA Y POLITICA

nera de pensar. Que entren en razón los sacerdotes y sepan de una vez que necesitamos que se quiten su antiguo hábito, pero reafirmen su sentido religioso y cristiano de la vida. Si ellos están a nuestro servicio, que lo estén de veras y se dejen de clericalismos, sean retrógrados o avanzados, ni de superficiales ensayos triunfalistas.

Todo esto se encuentra conexionado con el segundo aspecto importante de esta Asamblea Episcopal francesa: el de la política. El obispo de Grenoble, monseñor Matagrín, ha presentado un inteligente trabajo sobre "Política, Iglesia y Fe".

Al leerlo recordaba la discusión que años antes del Concilio tuve con un sacerdote español muy amigo, que hoy es obispo. Mantenta él que la Iglesia jerárquica avanzaría cada vez más en sus posturas, y cada vez sería más importante su presencia en el mundo por medio de la palabra. Le discutía yo que no lo veía así; sino que, por el contrario, preveía que la Iglesia se haría cada vez más modesta en sus manifestaciones oficiales de tipo jerárquico, porque lo que interesaba era la presencia de los seglares cristianos en todos los campos de este mundo, dando un testimonio de responsabilidad humana por causa de su cristianismo.

El tiempo me ha dado toda la razón, porque cada vez hacemos menos caso de los documentos eclesiológicos en este campo, como es lógico y natural, y, en cambio, cada vez se pide más que el cristiano esté presente con su actividad responsable en la vida profesional, familiar, ciudadana e internacional. Su campo es el de la cultura y la civilización, y no puede ser sustituido por ningún tipo de declaraciones eclesiológicas, por importantes que éstas parezcan. Y si el cristianismo ha de decir algo del mundo, tendrá que ser siempre a través de la decisión responsable de conciencia de los cristianos, pero no de sus jerarcas.

Así parece que lo ha entendido monseñor

Matagrín cuando ha dicho que "rehusaba expresarse en forma de proclamación profética", como algunos teólogos querían que hiciera la Iglesia constantemente. Dice este obispo que "parece más valiente y más honrado permanecer modestos y contentarnos con suministrar algunos puntos de referencia teológica para decidir pastoralmente en estos problemas". Totalmente de acuerdo, porque si no volveríamos a caer en un nuevo clericalismo, aunque este clericalismo tuviera las características sociales y políticas de la izquierda. Si la inclinación a la izquierda de muchos jerarcas de la Iglesia —aunque esta inclinación es muy moderada— resulta satisfactoria, no lo es, en cambio, que esto se quiera transvasar en un neoclericalismo que siga estructurando a la Iglesia como una gran fuerza de poder, aunque este poder sea hoy más atractivo y convincente para mí, por ejemplo, por su mayor apertura.

Otro punto muy importante es el análisis que ha hecho monseñor Matagrín de la invasión política en todos los campos humanos. "La irrupción de lo político es un hecho de civilización", y observamos en torno nuestro que "lo mismo se trate de la sexualidad, que de las diversiones o de los conflictos entre generaciones, todas estas cuestiones se plantean hoy en términos políticos, y en cierta manera requieren soluciones políticas".

La fuerza del poder político en el mundo actual es cada vez mayor, y muchas veces tendríamos los cristianos la tentación de que la Iglesia resultase otra fuerza que contrarrestase este poder creciente. Sin embargo, ese no es el camino, porque si bien pudiéramos conseguir algún resultado bueno en ese enfrentamiento, también es cierto que a la larga volveríamos a caer en las redes del neoclericalismo, porque "hay que negarse a deducir una política concreta de la fe, sea de la Biblia o de la enseñanza social de la Iglesia, porque la fe es imposible reducirla a una ideología o a una cultura".

La Iglesia lo único que puede hacer es respetar el pluralismo político de los cristianos, impedir que un solo grupo humano tenga en la Iglesia la exclusiva de la salvación; que, en lo que respecta a la estructura fundamental de la dignidad humana, favorezca a todos los que la defienden, sea cual sea su postura religiosa o irreligiosa, y que ayude a todos los hombres, sin distinción de creencias, a favorecer el derecho de poner antes las aspiraciones profundas de los seres humanos que las necesidades de consumo de una sociedad consumista, como la que está emergiendo en el mundo actual.

Programa evidentemente muy modesto, pero debemos comprender los cristianos de una vez, que comunitariamente unidos en Iglesia, no tenemos otro. En cambio, si tenemos uno muy importante en nuestra dimensión política y social de hombres, y lo que la Iglesia jerárquica debe defender es nuestra libertad y responsabilidad para mantener esta legítima dimensión.